

que no pierdas nada, que nada te se escape, y que lo conozcas todo, y así te daré otras obras para que las leas á tus solas : te vuelvo á repetir que leas siempre con la mayor atencion, pesando bien las reflexiones y juicios del autor. Insisto mucho sobre esto porque es de suma importancia, á causa de que con esta costumbre la lectura te instruirá verdaderamente, y en adelante podrás leer cualquier libro sin riesgo alguno. Por el contrario, si lees sin reflexion tomarás insensiblemente mil ideas falsas, y la lectura léjos de aclararte el entendimiento é instruirte, no servirá sino para debilitar tu razon, trastornar tus principios, y quizás corromperte al fin. El abate que vino á buscar á César interrumpió esta conversacion. Aquella noche se continuaron las *veladas*, y la Marquesa de Clemira contó la novela siguiente.

PAMELA

Ó LA ADOPCION FELIZ



Felicia, únicamente ocupada en la educacion de sus dos hijas, vivia en medio de una familia amable, á quien estimaba, y no trataba sino con sus parientes y amigos. Cada dia estaba mas contenta Felicia con su suerte. Tenia gusto en ocuparse y en estudiar, y su alma era dulce y sensible. Jamas conoció el odio, aborrecia la venganza, y sabia amar : la amistad podia esperar de ella todo quanto pudiese hacer. En fin, nadie despreció mas de corazon que ella el fausto y las riquezas.

Entre tanto las hijas de Felicia iban ya acercándose á la edad de tomar estado. Aun no tenia quince años la mayor de ellas llamada Camila, cuando su madre se vió precisada por varias razones á casarla. No era rica Felicia, y así no podia establecer á sus hijas sino empleando el crédito que tenia en la corte á favor de sus maridos. El que se presentaba para Camila era sin duda alguna lo mejor que podia esperar su madre; pero aunque no dudó en admitirle, sintió muchísimo verse en la dura precision de casar á Camila en una edad tan tierna; en efecto, semejantes casamientos son tanto mas dañosos

para una jóven de catorce ó quince años, quanto sus resultas se extienden á todo el resto de la vida. Su educacion aun no perfeccionada se queda del mismo modo para siempre... — Pero, mamá, interrumpió Carolina, si esa jóven tiene buen fondo siempre será obediente y aplicada como ántes de casarse; y así su madre podrá acabar de perfeccionar su educacion... — Era preciso que esa señorita que tú supones tuviese mucho entendimiento y reflexion para aprovecharse bien de los maestros oyéndose llamar *señora*. Además, siempre que su marido fuese á su cuarto tendria que interrumpir sus lecciones. — ¿Pero si su marido fuese aplicado? — La instruccion y habilidades que se tienen á los catorce años no pueden aun ser agradables á los demas : por tanto debes conocer que el temor de enfadar á su marido y el gusto de hablar con él, serán causa de que haga muy pocos progresos en sus estudios. Pero volvamos á nuestra historia.

Á poco tiempo de estar casada cayó Camila gravemente enferma. Felicia padeció muchas pesadumbres, que juntas con las viglias y continua asistencia á la enferma causaron una alteracion en su salud que le duró mucho tiempo despues de la convalecencia de su hija. Viendo los médicos que se sentia del pecho, le mandaron ir á tomar las aguas de Bristol. Vióse, pues, obligada á dejar á Camila en Paris al cuidado de su suegra, y marchó para Inglaterra con Natalia su segunda hija, de edad de trece años.

No se habia acordado Felicia de encargar que la buscasen un alojamiento. Y así al llegar á Bristol no pudo hallar sino un cuarto en una posada, incómodo por sí mismo, y mucho mas por estar separado tan solamente por un tabique del de una inglesa que estaba en cama hacia ya dos meses. Felicia, que sabia el inglés con toda perfeccion, hizo á la huéspedea varias preguntas acerca de su vecina, y supo que la desgraciada inglesa estaba ya desahuciada. Era viuda; su marido, jóven de distinguido nacimiento, habia sido desheredado por sus parientes por haberse casado sin su consentimiento. No habia podido dejar á su mujer mas que una corta pensión vitalicia, circunstancia tanto mas dolorosa para aquella infeliz, quanto tenia una hija de edad de cinco años, que á su muerte se hallaba expuesta á la última miseria. Concluyó la huéspedea su relacion haciéndole mil elogios de Pamela (así se llamaba la niña), y aseguró á Felicia que no podia hallarse criatura mas perfecta. Esta historia

interesó vivamente á Felicia, y toda la noche se le fué hablando con Natalia de su desgraciada vecina y de su niña.

Felicia y su hija habitaban el mismo cuarto. Había ya dos horas que estaban acostadas : Natalia dormía, y su madre se iba quedando traspuesta, cuando un movimiento extraordinario que oyó en el cuarto de la inglesa enferma la hizo despertar despavorida. Escuchó atentamente y percibió voces y gemidos. Acordándose entónces de que la enferma no tenía para su asistencia mas que una criada, creyó que su socorro no le seria inútil. Se levanta apresuradamente, coge su lamparilla, y sale poco á poco para no despertar á Natalia ; atraviesa otro cuarto en donde dormía su criada, y al pasar le encarga no se aparte de Natalia, y despues entra en el corredor. La puerta de la enferma estaba abierta. Felicia oye acentos interrumpidos y sollozos ; se adelanta temblando... Al mismo tiempo la criada anegada en llanto se arroja fuera del cuarto exclamando : *¡Ya no hay remedio, ya ha espirado!* — ¡Oh Dios mio! dijo Felicia,



yo venia para ayudarle á Vd... — En este mismo instante acaba de morir, replicó la criada, ¡oh Dios mio! ¿qué será de su desgraciada hija? Yo tengo cuatro criaturas, ¿cómo podré encargarme de esta desdichada? — ¿En dónde está la niña, interrumpió vivamente Felicia? — ¡Ah señora! no tiene aun la inocente edad para saber lo que es la muerte... Amaba á su pobre madre en extremo, porque

no puede haber criatura mas sensible... pero duerme tranquilamente inmediata al cadáver... Al oír esto se estremeció Felicia. Venga Vd., dijo á la criada, vamos á apartar esa criatura de un sitio tan funesto. Diciendo estas palabras Felicia entra en el cuarto... Para llegar á la cuna de la niña era preciso pasar al lado de la cama de la desgraciada inglesa. Felicia se estremecé y se detiene. Fija un instante sus ojos llenos de lágrimas en aquel triste y doloroso objeto, y despues poniéndose de rodillas : ¡Oh madre desventurada, dijo, cuán grande debe haber sido el horror de tus últimos instantes!... ¡Dejas á tu hija abandonada sin amparo y sin socorro!... pero me sirve de consuelo el creer que desde la eternidad puedes aun verme y oírme... Yo me encargo de tu hija, y no la dejaré que olvide á la que le dió el ser; cada dia implorará la clemencia del Ser Supremo á favor de su madre. Diciendo esto se levantó Felicia, y con una turbacion igual á su enternecimiento se acercó á la cuna. Una cortinita ocultaba la niña. Felicia con mano trémula la aparta poco á poco, y descubre á la inocente huerfanita. Contempla como arrebatada su hermosura y su semblante angélico. Dormía la niña profundamente, y al lado de la cama de su desgraciada madre disfrutaba pacíficamente del descanso. La serenidad de su frente, el candor de su fisonomía, á quien una dulce sonrisa daba nuevo realce, y la frescura y belleza de su tez formaban con su situacion un contraste tan singular como patético. ¡Ah, exclamó Felicia, cómo duerme! ¡En qué instante, y en qué sitio!... ¡Amable y desgraciada niña! En vano al despertarte, en vano llamarás á tu madre... Pero á lo ménos la humanidad te da otra : sí, yo te prohijo ; sí, hallarás en mi corazon el cariño y afecto de una madre. Vamos, continuó Felicia, dirigiéndose á la criada, y ayúdeme Vd. á llevar esta cuna á mi cuarto. Obedeció con gusto la criada, y la niña fué trasportada sin despertarse al cuarto de Felicia. Natalia se había levantado : turbada é inquieta sale corriendo al encuentro de su madre, que la dice al entrar en el cuarto : Acércate, Natalia; aquí te traigo otra hermanita; ven á verla y á prometerme que la querrás mucho. Natalia va corriendo á la cuna, y se pone de rodillas para verla mejor. Felicia le cuenta en breves palabras lo sucedido. Lloro Natalia al oír tan triste suceso; mira tiernamente á Pamela llamándola hermanita, y quisiera ya que fuese de dia para oírla hablar y darle mil abrazos. Fué preciso volverse á acostar. Felicia no pudo cerrar los ojos en

toda la noche; ¿pero quién podrá desear el sueño cuando nos priva de él el recuerdo de una accion benéfica?

Á las siete de la mañana se abrieron las ventanas del cuarto, y al instante mismo despertó Pamela. Felicia fué corriendo á la cuna; al verla la niña dió muestras de admiracion, y despues mirándola atentamente se sonrió y le alargó los brazos. Felicia la estrechó entre los suyos con indecible gozo. Creia Felicia en la simpatía (que es la supersticion de los corazones sensibles); se persuadió que eran efectos suyos las dulces caricias de Pamelita, y esta idea la obligó á amarla aun mucho mas. En breve preguntó Pamela por su madre. Este nombre de madre en su boca enterneció en gran manera á Felicia: Tu madre, la dijo, no está aquí ya... Al oirla Pamela lloró amargamente; Natalia quiso consolarla: ¡Ah! le dijo Felicia, déjala esa afliccion tan natural; considera su situacion, Natalia, y experimentarás el mismo sentimiento.

Luego que Pamela estuvo vestida se puso de rodillas, y comenzó á rezar en alta voz: Felicia se estremeció al oirla decir: ¡Dios mio, volved la salud á mamá! No digas eso, dijo Felicia, porque tu madre ya no padece... Ya no padece, exclamó Pamela, ¡oh Dios mio, te doy gracias!... Estas palabras penetraron el corazon de Felicia: ¡Oh hija mia! dijo interrumpiéndola, no digas sino una oracion que yo te dictaré, di: *Dios mio, dignaos de hacer á mi madre feliz.* Pamela repitió esta oracion con igual fervor y enternecimiento. Despues volviéndose hácia Felicia, y mirándola con timidez é ingenuidad: Permitame Vd., le dijo, que pida tambien á Dios me haga la gracia de juntarme en breve con mamá. Al tiempo que decia esto advirtió que los ojos de Felicia se arrasaban en lágrimas, se levantó, y fué á arrojarse á su cuello llorando. En aquel mismo instante vinieron á decir á Felicia que su coche estaba pronto; tomó en sus brazos á Pamelita, y siguiéndola Natalia subió en el coche, y tomaron el camino de Bath. Al cabo de quince dias volvió á Bristol, y no queriendo ir á su primer alojamiento alquiló otro.

Cada dia queria mas Felicia á Pamela; su dulzura angelical, la sensibilidad y agradecimiento de esta niña le hacian disfrutar deliciosamente del fruto de sus beneficios. Despues de haber pasado tres meses en Bristol Felicia volvió á Francia; toda su familia adoptó como ella á la amable Pamelita. Era imposible verla sin que agradase, ni conocerla sin amarla. Luego que tuvo siete años, Feli-

cia le hizo saber quién era, y le refirió la historia de la desventurada inglesa su madre. Esta triste narracion costó á Pamela un arroyo de lágrimas, y cuando Felicia dejó de hablar se arrojó á sus piés, y le dijo todo lo que el agradecimiento y la mas viva ternura pueden inspirar de expresivo y sublime á una persona de veinte años. Tal era Pamela; su alma la hacia continuamente superior á su edad. Cuando hablaba de sus sentimientos no se conocian en ella ni las expresiones, ni el lenguaje de la niñez. Se podian citar mil lances preciosos, respuestas agudas y delicadas, y muchas ocurrencias que solo pueden ser hijas de un corazon sensible: esta sensibilidad viva y profunda, no solo daba una gracia inexplicable á todas las acciones de Pamela, sino que tambien prestaba á su dulzura un encanto que penetraba el alma, y hacia parecer mayor su belleza. Se veia á Pamela muchas veces ántes de saber si sus facciones eran perfectas, si era hermosa ó bonita: solo se advertia su fisonomía y la celestial expresion de su rostro; no era posible verla ni alabarla como á otra cualquiera; finalmente, se hallaban en ella las cualidades y gracias, cuya reunion consiguen tan pocas personas. Tenia mucha agudeza, franqueza é ingenuidad: era alegre, pero sensible; viva, pero dócil. Los únicos defectos que tenia Pamela procedian de aquella extrema viveza que nunca le causó el mas mínimo movimiento de impaciencia contra nadie, pero que le daba una travesura y alborotamiento á que pocos niños podrán llegar. En prueba os quiero referir un lance que al mismo tiempo servirá para manifestar la humildad, respeto y ternura que tenia para con Felicia. Pamela perdia continuamente varias cosas, mas bien por su travesura y viveza que por descuido y olvido. Si iba á pasearse por el jardin ó por el campo, se quitaba el sombrerito para correr mejor, y al volver á casa siempre corriendo, le olvidaba, y se quedaba entre la yerba. Despues que acababa su tarea, el deseo de ir á jugar no le permitia detenerse á recoger el dedal y todo lo demas; se levantaba con precipitacion, la almohadilla caia al suelo, y Pamela saltando por encima de todo desaparecia en un abrir y cerrar de ojos. Se tenia gusto en verla correr por el jardin, pero esto mismo le estaba prohibido en casa. Pamela aun con el mayor deseo de obedecer, olvidaba no obstante continuamente esta prohibicion; caia regularmente tres ó cuatro veces al dia, y en todas las puertas se dejaba pedazos de sus vestidos y delantales. En fin, á fuerza de

ruegos, exhortaciones y penitencias, insensiblemente perdió algo de este exceso de turbulencia. Felicia tenia el cuidado todas las mañanas de hacer exámen de cuanto tenia en sus faltriqueras y en la almohadilla, y esta revista diaria contribuyó no poco á que Pamela fuese mas cuidadosa. Una mañana que Felicia, como de costumbre, visitaba las faltriqueras de Pamela, echó de ménos sus tijeras. Pamela dijo que no estaban perdidas, porque sabia dónde estaban. ¿Pues en dónde las has dejado? preguntó Felicia. — Mamá, en el cuarto de mi hermana. — ¿Pues cómo, en el suelo? ¿por qué no las alzaste? — Mamá, estaba en el cuarto, y yéndome á sonar, al sacar el pañuelo se me cayeron las tijeras: en aquel mismo instante oí su campanilla de Vd., y eché á correr para venir aquí... — ¿Pues qué, no cogiste las tijeras? — No, señora, por verla á Vd. mas presto... — Pero bien sabias que yo habia de echarlas ménos, y que te reñiria si no las hallaba... — Mamá... No pensé en eso, solo me acordé del gusto de verla á Vd. Al pronunciar Pamela estas palabras tenia los ojos llenos de lágrimas, y se puso colorada. Felicia la miró con severidad, y Pamela se puso mucho mas colorada. Esta turbacion, y lo inverosímil que era la excusa de Pamela, persuadieron á Felicia que la inocente niña habia mentido.



Apártate de mi vista, le dijo: estoy cierta de que no hay una palabra de verdad en cuanto me has dicho; véte sin replicar.

Al oír estas terribles razones Pamela, bañada en llanto, junta las manos, y se arroja á los piés de Felicia sin proferir una palabra. Felicia creyó ver en esta accion suplicante la confesion de su culpa, y así la apartó de sí con indignacion, y le dió una agria reprension. Pamela, obedeciendo la órden que le habia dado, prosiguió callando, y no explicaba su dolor mas que con sollozos y gemidos. Felicia estaba entónces en el campo: salió de su cuarto para ir á misa, y en vez de llevar consigo á Pamela como acostumbraba, encargó á una de sus criadas que la llevase, y la dejó sin hablarle palabra. Felicia luego que llegó á la capilla tuvo muchas distracciones involuntarias; volvió varias veces la cabeza hácia la puerta, y vió en fin llegar á Pamela, que con los ojos hinchados y llenos de lágrimas se puso humildemente de rodillas en las gradas de la capilla. La criada le dijo que no se quedase allí con toda la gente, y que pasase mas adelante. La triste Pamela respondió con voz baja: *Aun es demasiado bueno para mí este puesto.* Esta humildad agradó á Felicia, le hizo señas que se acercase, y Pamela lloró de alegría al volver á ocupar su puesto al lado de Felicia. Acabada la misa, la criada se acercó á ella, y le dijo: Pamela no habia mentido... — ¿Pues cómo? la interrumpió su ama. — No, señora, replicó la criada; me ha pedido que bajase con ella al gabinete, en donde hemos encontrado las tijeras en el suelo como ella habia dicho. — ¡Oh querida Pamela mia! exclamó Felicia tomándola en sus brazos, ¡y tú te dejabas acusar y maltratar sin decir nada para defenderte! — Como Vd., mamá mia, me habia prohibido que hablase... — ¡Y te pusistes de rodillas, y parecia que me pedias perdon! — Siempre debo pedirlo cuando mamá se enfada contra mí: cuando me riñe, seguramente he hecho mal. — Pero yo era injusta. — No, señora; mi bienhechora, mi amada madre nunca puede serlo para conmigo. — ¿Quién podrá no querer á una criatura capaz de tanto amor, sumision y dulzura?

Pamela padeció mucho de los dientes. Á los siete años tuvo por esta causa una enfermedad que le duró mas de un año. Para poderla cuidar mejor le hizo dormir Felicia todo aquel tiempo en su cuarto. Viendo Pamela la inquietud de Felicia procuraba ocultar lo que padecia. Muchas noches pasaba sin pegar los ojos; Felicia se levantaba á menudo, la tomaba en sus brazos, y le daba de beber. Nunca recibia Pamela estos servicios sin derramar lágrimas de ternura y

agradecimiento. Suplicaba á Felicia que se acostase al instante. Duerma Vd., mamá, le decia, su sueño me alivia, cuando conozco que Vd. está dormida padezco muchísimo ménos.

No hay sentimiento honrado y decente que Pamela no tuviese, aun de aquellos que parecen no deben ser sino el fruto de la reflexion y crianza. Apénas se acordaba de Inglaterra; amaba demasiado á Felicia para no amar tambien á la Francia; pero sabia que era inglesa, y conservaba á su patria una aficion tanto mas virtuosa, cuanto no hubiera podido considerar sin sumo dolor la necesidad de volver á ella para siempre. Un dia (tenia entónces ocho años) Felicia escribia, y Pamela jugaba á su lado. Se estaba entónces en guerra con la Inglaterra; de repente oye Felicia algunos cañonazos, y exclama: Sin duda este es el anuncio de alguna victoria ganada sobre los ingleses. Diciendo esto miró por casualidad á Pamela, y se quedó admirada al verla perder el color, turbarse y bajar los ojos. Á este tiempo entraron en el cuarto várias personas, y un criado avisó que la comida estaba pronta. Pamela continuaba en estar trémula y turbada. Queriendo absolutamente Felicia saber lo que pensaba, prosiguió diciendo: Es preciso saber la causa de esa salva; aun me lisonjeo de que habremos vencido á los ingleses .. Apénas hubo dicho Felicia estas palabras, cuando Pamela deshecha en llanto se precipita á sus piés. ¡Oh mamá, exclamó, perdóneme Vd. si lloro: no por esto quiero ménos á los franceses... pero he nacido en Inglaterra!...

Este movimiento tan singular en su edad enterneció á Felicia. Alma pura y sensible, le dijo, un instinto sublime te inspira mejor de lo que podria hacer la razon. Creyendo cometer una culpa, has cumplido con una obligacion sagrada: conserva siempre á tu patria y á la de tus padres ese amor tan puro! Ama á los franceses, lo debes hacer; pero nunca olvides que la Inglaterra es tu patria. Estas palabras aquietaron á Pamela y la penetraron de alegría. Aquella misma noche ántes de acostarse añadió á sus oraciones la siguiente: *Dios mio, haced que los ingleses y franceses no se aborrezcan mas, y que nunca se hagan daño unos á otros.* Con tanta sensibilidad era imposible que Pamela no tuviese una devocion verdadera. Segura de que Dios la veia y la oia en todos los instantes de su vida, no cometia nunca culpa alguna de que no le pidiese perdon con lágrimas y verdadero arrepentimiento. Pero ántes de implorar

su perdon se las decia á Felicia. Dios, decia, no me perdonará si no tengo confianza con mamá; fuera de que una culpa me pesa tanto cuando mamá no lo sabe, y ademas ¡es tan dulce manifestar su corazon á quien se ama!... Quizas me impondrá alguna corta penitencia, pero hablará conmigo, me hará hacer reflexiones, alabará la sinceridad de su Pamela, y esta noche al acostarme cuando le pida su bendicion me la dará, si cabe, con mas gusto que otras veces. Despues de estas reflexiones iba Pamela volando á los brazos de su madre, y encontraba en ellos el premio de su candor y confianza. No pudiendo separarse de Felicia, y prefiriendo á toda otra diversion la de estar con ella, aunque no hablase, estaba en su cuarto en tanto que su madre leia, escribia ó tocaba el clave, y se divertia en silencio y sin hacer el menor ruido por no estorbarla. No obstante, de rato en rato se levantaba poco á poco, y acercándose de puntillas á su madre, la abrazaba, y despues se volvía á su puesto. Várias veces, dejando de repente sus juguetes, se precipitaba llorando en los brazos de Felicia: En vez de jugar, le decia, estaba pensando en Vd., mamá mia, en sus muchos beneficios... Hablando así Pamela abrazaba á su bienhechora, y recapitulaba todos los favores que le debia con la expresion del mas vivo agradecimiento.

Una criatura tan extraordinaria y amable no podia ser con el tiempo una mujer ordinaria, y así Pamela á los diez y siete años verificó todas las esperanzas que en su niñez se habian tenido de ella. Era instruida, y tenia todas las habilidades que parecen bien en una mujer. No habia labores que no hubiese aprendido y que no supiese hacer; no necesitaba para su ropa y adornos de bordados costureras ni modistas. Ademas de esto dibujaba bien, y tocaba el clave con mucha destreza, habilidad que apreciaba en mucho, por cuanto se la debia únicamente á su madre, que habia sido su maestra. Pamela amaba la lectura, la historia natural y la botánica: tenia una forma de letra gallarda, y por lo tocante á su estilo no le habia costado gran trabajo perfeccionarle: teniendo una alma tan sensible ¿cómo podia escribir mal, ó carecer de energia é imaginacion? Habia conservado la ingenuidad y todas las gracias de su niñez; aquellos modales cariñosos, una alegría franca y comunicativa, y aquella dulzura atractiva que la granjeaba todos los corazones. Como la diversion favorita de su niñez habia sido la de saltar y correr, disfrutaba de una salud excelente; era imposible alcan-

zarla cuando corria; y andaba y bailaba con mucha gracia. Reunía á todas estas prendas una bondad que nunca la abandonó: trabajaba en secreto, como Sidonia, para los pobres, y merecia el bello elogio que un célebre autor ha hecho de una reina infeliz, y al mismo tiempo de todas las mujeres en general; se podia decir de Pamela: « que manifestaba aquellas virtudes dulces y benéficas que « la filosofía enseña á los hombres, y que la naturaleza da á las « mujeres. »

Natalia, que tenia siete años mas que Pamela, y hacia ya algun tiempo que estaba casada como su hermana Camila, era las delicias de su madre por su amor, su conducta y reputacion; en fin, estos tres objetos tan queridos y tan dignos de serlo, Camila, Natalia y Pamela, eran la gloria y contento de Felicia. Esta felicidad tan pura se turbó por un suceso que ocasionó á Felicia la mayor afliccion. Tenia una cuñada llamada Alejandrina, que por sus virtudes, gracias y bellezas era el ídolo de su familia. Acometida seis meses habia de una enfermedad al principio poco grave, determinó Alejandrina ir á pasar un año en las provincias meridionales de la Francia. Felicia tuvo el doble pesar de ver marchar á su madre con Alejandrina. Esta madre, tan virtuosa como tierna, consintió en separarse de su hija, en padecer las molestias de un triste viaje y las penas de una larga ausencia, para acompañar á su nuera, á quien era precisa su asistencia. Llevaba á lo ménos el consuelo de alguna esperanza de mejoría, pero en breve la perdió. El viaje no sirvió sino para aumentar la dolencia de Alejandrina, y por fin los síntomas mas funestos acabaron de quitarle el resto de esperanza que tenia... Felicia, que sabia todo esto por su madre, procuraba engañarse á sí misma, cuando recibió una carta en que le decia lo siguiente:

« N... de Setiembre de 1782.

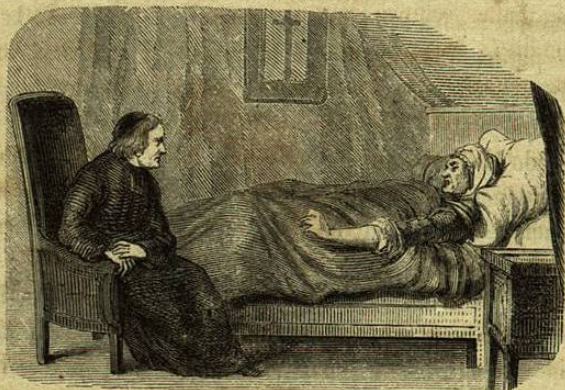
« ¡Aun vive!... Pero quizas cuando recibas esta... ¡Oh hija mia, qué será de tu pobre hermano! ¡Qué será de mí misma con su dolor y el mio!... Y estoy apartada de ti doscientas leguas... Aun no conocíamos sino imperfectamente á esta criatura angélica que vamos á perder para siempre: una vida feliz y sosegada cual era la suya, no podia manifestar á nuestra vista las virtudes sublimes que

posee... No puedes formarte una idea justa de su valor, su piedad, su paciencia y perfecta resignacion. Te he escrito que no conocia su situacion, pero me he engañado. La sabia aun ántes de salir de Paris, y se lo dijo en secreto á su criada Julia, y esta me lo ha dicho á mí... Para minorar el dolor de nuestra cruel situacion, la infeliz queria á lo ménos persuadirnos que conservaba la ilusion que ya hemos perdido; pero ayer se descubrió á pesar suyo conmigo. Estábamos solas cuando me dijo que deseaba recibir los Sacramentos de allí á dos dias, y que me suplicaba diese esta noticia á su marido con toda la precaucion y miramiento preciso para que no se afli-giese. Despues que me hubo dicho esto, se quedó callando y como pensativa. Para distraerla proseguí hablando, y le dije que te escribiria esta mañana. Al oirme me pareció que queria decirme algo, y noté que estaba dudosa: apreté su mano entre las mias, preguntándola si queria que te hiciese algun encargo de su parte. Sí, señora, me dijo, tengo una inquietud que me atormenta, y voy á manifestársela: « Ya sabe Vd. que á los trece años tuve la desgracia de perder á mi madre; luego que murió me pusieron en un « convento, pocos dias despues una pobre mujer me hizo llamar « al locutorio; estaba parálitica, y me dijo que mi madre la habia « mantenido los dos últimos años de su vida: la abracé llorando, y « desde entónces he cuidado de ella. Sírvase Vd., mamá, prosiguió « enternecida, sírvase Vd. encargar esta pobre á mi hermana, y « decirle de mi parte que mi amistad se la deja por manda. Julia le « dará á Vd. las señas de su casa, y yo le suplico que se las envíe « mañana á mi hermana. » No pude responderle sino con lágrimas, y ella me besó la mano con tal ternura que me penetró el alma... Á este tiempo Zemira, aquella perrita que sabes quiere tanto, quiso subir á su cama, yo la cogí en mis brazos: tu hermana se inclinó para besarla: « ¡Pobre Zemira! dijo; mamá, á Vd. le gustan mucho « los perros, yo se la doy... prométame Vd. guardarla siempre... » Tú sabrás, hija mia, apreciar estos rasgos. ¡Próxima á dejarlo todo, acordarse de todo y no olvidar nada!... Á los veinte y cuatro años, hermosa, feliz, gozando de una reputacion sin mancha, pronta á separarse para siempre de un marido el mas amado, de un hijo idolatrado, de una tia querida, que fué para ella al mismo tiempo una bienhechora generosa y una amable amiga!... ¡En fin, consumando un

¹ Madama de Montesson.

sacrificio tan doloroso, conservar una humanidad tan tierna! ¡Ocupándose en el virtuoso cuidado de asegurar la suerte de una infeliz que no tiene mas apoyo que ella; al dejarte por manda esa pobre mujer, emplearse tambien en unas frioleras que á cualquiera otra se le pasarían con la mas ligera enfermedad; acordarse hasta de su perra! . . ¡Ah! ¿Quién será capaz de no admirar una bondad tan prósvida, un valor tan heroico?... Á Dios, hija mia : te envío el único consuelo que puedo ofrecerte en este instante, que es las señas de la casa de la pobre mujer, y creo te servirá de alivio el verla y cuidarla. »

Al punto que Felicia hubo leído esta carta salió con Pamela, tomó el coche y fué á la calle del arrabal de Santiago, en donde vivía la pobre llamada *madama Busca*, conocida en el barrio por *la santa mujer*. Esta infeliz paralítica tenia las piernas y brazos enteramente secos. Los dedos dislocados estaban encogidos y contrahechos. Su



rostro no tenia nada de horrible, pero estaba del todo seco y pálido. No podía ni levantar, ni volver la cabeza; teniala inclinada sobre el pecho, y en diez y siete años que hacia que estaba de aquel modo habia no obstante conservado todo su juicio y conocimiento. Hallábase en un cuarto muy aseado y decente, y un eclesiástico de aspecto venerable estaba sentado junto á su cama. Felicia al entrar dijo que era la cuñada de Alejandrina. Al oirla la pobre mujer exclamó llorando : ¡Ah señora, qué ángel tiene Vd. por cuñada! Es muy jóven, y con todo hace once años que es todo mi consuelo... ¡Si Vd. supiese, señora, cuánto ha hecho por mí!... — ¿Venía

muy á menudo á verla á Vd.? — Antes de casarse, como no podia salir del convento, me hacia llevar tres veces á la semana al locutorio : entónces pedia permiso para pasar la reja, á fin de estar conmigo en el mismo cuarto, y me traía mi almuerzo, que ella misma habia compuesto. Como yo no puedo servirme de mis manos, ella me lo daba, ¡pero con qué bondad! ¡con qué cariño!... En fin, Señora, el mayor castigo que su aya podia darle era decir : *Mañana no dará Vd. de comer á madama Busca; yo sola la serviré*. Al punto se quedaba mas humilde que una oveja. Siempre me honraba llamándome su madre, y queria que yo la llamase hija : cuando yo veía que su aya no estaba contenta con ella la llamaba *señorita*. Al instante empezaba á llorar, é iba corriendo á pedir perdon á su aya... Vds. lloran, señoras, prosiguió la pobre mujer, ¡qué sería, pues, si les dijese lo que ha hecho por mí despues de casada! ¡Una señora jóven y hermosa como ella, venir á encerrarse cada dos ó tres dias horas enteras con una pobre paralítica!... Siempre me traía ropa, frutas ó dulces, y muchas veces me leía algun capítulo del Evangelio... Ya sabe Vd., señora, qué bien canta; un dia la rogué que cantase algo. Yo no sé, me dijo, sino canciones mundanas que no gustarán á mi madre; pero aprenderé para darle gusto alguna cosa buena. En efecto, de allí á cuatro ó cinco dias vino á cantarme varios villancicos bellísimos : en verdad, señora, que me parecia que estaba oyendo á un ángel... Otra vez hizo traer su arpa, y estuvo tocando aquí mas de dos horas... Pero no es esto lo mas, señora; ya ve Vd. el estado en que estoy, es menester que sepa tambien que todos mis miembros están tan doloridos como disformes, y que no se pasan siete dias sin sentir terribles convulsiones... Si no fuera, señora, para hacerla á Vd. conocer su digna hermana, no me atreveria á decir... — ¡Ah! diga Vd., interrumpió Felicia llorando, diga Vd. cuanto guste... — Pues bien, señora, replicó la mujer, la caridad de aquel ángel es tal, que no hay servicios que no me haya obligado á recibir de ella. Diré, por ejemplo, ya que Vd. me lo manda, que no se me pueden cortar las uñas sin hacerme padecer grandes dolores, á ménos de no tener mucha maña para ello : pues aun este cuidado se habia tomado sobre sí... Vd. habrá visto sus manos tan blancas y delicadas; pero no sabe que aquellas manos tan pulidas lavaban cada semana los piés de una pobre enferma... Despues de haber dicho esto calló la mujer,